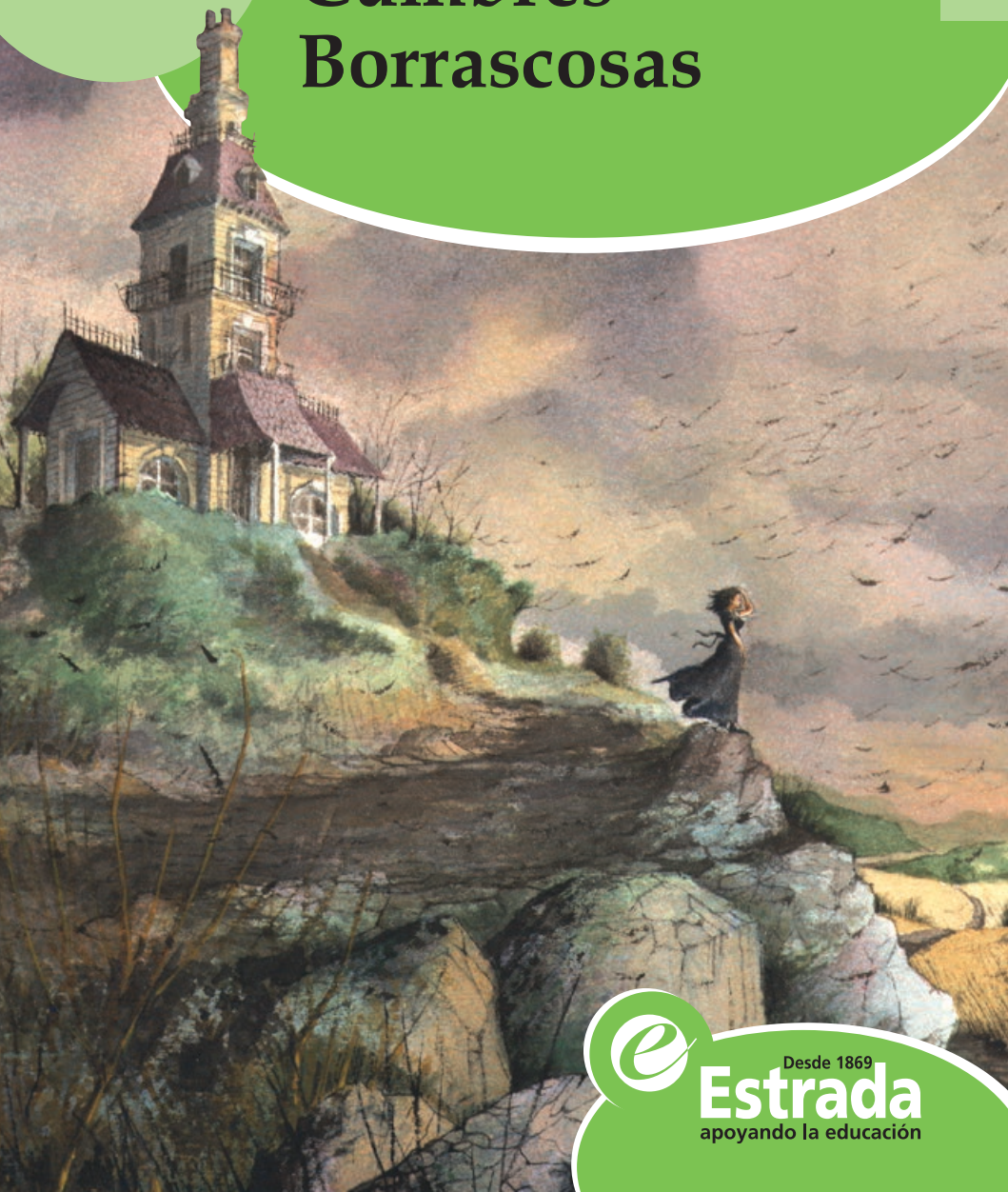




Azulejos

EMILY BRONTË

Cumbres Borrascosas



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



EMILY BRONTE

Cumbres Borrascosas

TRADUCCION DE BEATRIZ VIGNOLI

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Título original en inglés: *Wuthering Heights*.

Introducción y notas: Beatriz Vignoli.

Actividades: Eva Bisceglia.

Corrección: Mariano Sanz.

Ilustración de tapa: Martín Gouric.

Realización gráfica: Verónica Carman.

Documentación gráfica: Patricia Curcio.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo Carreras.

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

La responsable y traductora de esta edición agradece la desinteresada colaboración de Fernando De Gregorio, quien proveyó invaluable material bibliográfico.

Brontë, Emily

Cumbres Borrascosas. - 1ª ed. 1ª reimp. - Boulogne: Estrada, 2015.

368 p. : il. ; 19 x 14 cm - (Azulejos; 48)

Traducido por Beatriz Vignoli

ISBN 978-950-01-1127-0

1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Vignoli, Beatriz, trad. II. Título
CDD 371.33



Colección Azulejos 48

© Editorial Estrada S. A., 2009.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, prov. de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

E-mail: azulejos@editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1127-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

EMILY BRONTE

Cumbres Borrascosas

La autora

Emily Jane Brontë nació en 1818 en Thornton, un pueblo cercano a la ciudad de Bradford en el condado de Yorkshire, en el norte de Inglaterra. Desde 1820, vivió en otro pueblo, Haworth, rodeado de páramos agrestes, en la ladera de una empinada montaña. Allí pasaría casi toda su breve existencia.



Era la quinta de los seis hijos que tuvo Patrick Brontë, cura párroco de la Iglesia Anglicana, con su esposa Maria Branwell. Dos años antes de Emily, había nacido su hermana Charlotte, quien también se destacaría en la literatura inglesa, lo mismo que la menor, Anne, nacida dos años después. El único hijo varón, Branwell, nació en 1817. Al año de radicarse toda la familia en la casa parroquial de Haworth, falleció la madre, y los hijos quedaron al cuidado del padre y de una tía muy severa. Las dos hermanas mayores, Maria y Elizabeth, murieron de tuberculosis en 1825, debido a las condiciones de hacinamiento en un internado escolar.

Patrick ya no quiso saber nada con escuelas primarias para sus hijos, quienes comenzaron a depender, para su educación y su diversión, de lo que hallaran en la casa: libros, periódicos, revistas, los relatos formativos del padre y los de Tabby, una criada muy querida por los niños. Charlotte, Emily, Branwell y Anne crearon entre los cuatro un universo de ficción, del que se conserva una saga de obras teatrales escritas en letra tan diminuta, que debe leerse con lupa.

En 1847, las tres hermanas Brontë publicaron una novela cada una. La novela de Anne –titulada *Agnes Grey*– fue la mejor recibida en su época, pero actualmente está olvidada. La de Emily, *Cumbres Borrascosas*, hoy se considera un clásico, pero entonces resultó muy extraña. La de Charlotte, *Jane Eyre*, fue un escándalo y un éxito.

En septiembre de 1848 falleció Branwell. Emily tomó frío en su funeral y murió el 19 de diciembre de ese año, a la edad de treinta años. Le siguió Anne, en mayo del año siguiente. Charlotte se casó en 1854, y se quedó a vivir con su marido en la casa paterna, donde murió en 1855. Patrick Brontë sobrevivió allí hasta 1861.

La obra

De *Cumbres Borrascosas* dijo un escritor de su época: “Si bien los nombres de los lugares son ingleses, la acción transcurre en el infierno”. Sin embargo, para Emily Brontë no existen cielo ni infierno fuera del alma humana. En esta, su única novela, la autora muestra sus originales concepciones acerca del más allá y del amor. En ciertos pasajes de la obra, se explica que, si hay un paraíso, es el de la unión espiritual eterna entre los dos amantes; si hay un infierno, es el de su separación eterna. No importa el desencuentro en la vida terrenal, mientras este alimente el amor entre las almas.

Por la época de su escritura y por la fecha de su publicación (1847), *Cumbres Borrascosas* se ubica entre dos grandes períodos literarios: al comienzo de la época victoriana y al final del Romanticismo.

El Romanticismo fue un movimiento muy importante, no solo literario, sino ideológico y vital. Coincidió con el surgimiento de los Estados nacionales en el continente europeo. Los poetas románticos, que imitaban en extensas obras de ficción en verso las antiguas sagas épicas y las baladas, cantaron al paisaje y a las tradiciones locales justo cuando uno y otras empezaban a ser arrasados por el desarrollo industrial. El sentimiento romántico es a la vez nostálgico y rebelde: mezcla una generosa vitalidad joven con la pena por lo que muere; rinde culto a todo lo íntegro y auténtico.

La época victoriana es casi lo opuesto. Abarcó los últimos tres cuartos del siglo diecinueve y es estrictamente inglesa. Debe su nombre y estilo a la reina Victoria, que rigió a ese país en un período de expansión industrial y colonial en que también se desarrollaron la educación y la salud públicas. Los personajes secundarios de la obra –la criada Zillah, el anciano criado Joseph o Lockwood, el forastero de la ciudad– son victorianos por la manera no siempre sutil en que creen conciliar una lucha exterior por el decoro, la decencia y la pulcritud con sus no tan secretas transgresiones y mezquindades. Esta contradicción se llama *hipocresía*; en esta obra, se manifiesta en el rigor rayano en la crueldad con que los adultos educan a los niños. Es típico de la mentalidad victoriana el dividir a las personas entre limpias y sucias, buenas y malas. Y esto es precisamente lo que no hace *Cumbres Borrascosas*. Para el

lector victoriano, que confiaba en el progreso, todo tenía que ser útil. La novela victoriana convencional –satirizada aquí en las lecturas que da Joseph a los chicos– servía, por lo tanto, a una función educativa moralizante: enseñar la conducta correcta mostrando cómo la virtud termina bien y el pecado lleva a la perdición.

Todo el rigor victoriano que no tienen los apasionados protagonistas de la historia, lo puso Emily Brontë en la prolijidad con que construyó esta novela. La acción se concentra en Yorkshire, en dos mansiones rurales (a once kilómetros de distancia una de otra, incluyendo en la distancia sus respectivos terrenos) y en el paisaje circundante: el páramo, los brezos, las diferentes especies de árboles y de pájaros. Las descripciones están siempre unidas a la narración. Son tan precisas y vívidas que nos dejan con la sensación de haber estado en esos lugares.

El tiempo abarca treinta años y sigue el eterno girar de las estaciones. Los hechos de las vidas de los personajes están entrelazados con las siembras, las cosechas y sus correspondientes festividades religiosas populares. Es todavía el tiempo cíclico agrícola, no el tiempo lineal urbano. La noche y el día ordenan la existencia de los personajes. La naturaleza cumple una función esencial de contención y de símbolo.

De todo esto nos enteramos los lectores gracias a la exquisita estructura de narradores. No hay aquí una voz “de autor”, que juzgue desde afuera. Como en un juego de cajas chinas, la autora elige contar la historia por boca de un narrador no confiable, el vanidoso forastero Lockwood, quien se entretiene escuchando el relato de la testigo privilegiada de los acontecimientos, el ama de llaves Ellen Dean. Ella, de un modo o de otro, está enterada de todo... A través de subterfugios inocentes como el de fingir limpiar algo en las proximidades para no perderse palabra de una visita, o recogiendo a su vez relatos como el de la criada Zillah, se ha enterado de cada detalle. Lo que no vio ni oyó, lo leyó. Le fue informado a través de cartas que le fueron enviadas, como la de Isabella Linton, o que interceptó, como las de Linton y Cathy. Pero, a pesar de que ella sabe, no entiende. Somos los lectores quienes tenemos que extraer el sentido de la historia a través de esa voz que transmite los hechos sin terminar de comprenderlos.

Cuadro cronológico

La autora

1818. Nace Emily Brontë, el 30 de julio.
1820. La familia Brontë se establece en Haworth.
1821. Muere Maria Branwell.
1822. Se instala en el hogar la señorita Branwell, hermana de Maria.
1824. Maria, Elizabeth, Charlotte y Emily son enviadas al colegio como pupilas.
1825. Mueren Maria y Elizabeth. Charlotte y Emily vuelven a su casa.
1829. Charlotte escribe su "Cuento de los isleños".
1831. Charlotte va a estudiar a Mirfield.

El mundo

1818. *Mary Shelley publica Frankenstein.*
1819. *Nace Victoria, nieta de Jorge III.*
1821. *Muere el poeta John Keats.*
1822. *Muere el poeta Percy B. Shelley.*
1824. *Muere el poeta Lord Byron.*
1825. *Se crea la primera locomotora de vapor.*
1827. *Muere el compositor Ludwig van Beethoven. Muere el poeta y pintor William Blake, destacado visionario del Romanticismo.*
1830. *En París se estrena Hernani, polémica obra teatral en verso de Victor Hugo.*
1832. *Muere Sir Walter Scott, principal autor de la novela histórica romántica inglesa. Muere el gran escritor prerromántico Johann von Goethe.*
1834. *Muere el poeta romántico Samuel Taylor Coleridge.*



John Keats



Lord Byron



Ludwig van Beethoven



Goethe

La autora

1835. Las tres Brontë enseñan en Mirfield.



Hermanas Brontë

1836. Emily, institutriz.

1839. Charlotte y Anne consiguen empleo como institutrices privadas.

1844. Charlotte vuelve a Haworth. Llega el reverendo Nicholls, con quien se casará en 1854.

1845. Branwell pierde su trabajo. Se da al alcohol.

1846. Se publican los *Poemas de Currer, Ellis y Acton Bell*, escritos por las hermanas Brontë.

1847. Se publican *Jane Eyre, Cumbres Borrascosas* y *Agnes Grey*.

1848. Charlotte viaja con Anne a Londres y publica otra novela. Muere Branwell. Muere Emily, el 19 de diciembre.

1849. Muere Anne. Charlotte publica *Shirley*.

El mundo

1835. El inglés William Fox Talbot diseña la primera cámara para tomar fotos en negativos.

1837. Sube al trono la reina Victoria.



Victoria I

1840. La reina Victoria se casa con el príncipe consorte Albert.

1842. Victoria hace el primer viaje en tren efectuado por una reina.

1845. Edgar Allan Poe publica su poema "El cuervo".



Edgar Allan Poe

1846. Guerra entre Estados Unidos y México por el territorio de Texas.

1848. Último concierto de Chopin. Marx y Engels publican el Manifiesto comunista.



Frédéric Chopin

1849. Muere el escritor Edgar Allan Poe.

Cumbres Borrascosas

Capítulo 1

1801

Recién vuelvo de visitar al dueño de la finca donde vivo, el vecino solitario con quien tendré que lidiar. ¡Qué hermosa comarca! En toda Inglaterra, no creo que hubiera podido alquilarme un lugar tan alejado del mundanal ruido. El paraíso del solitario: y el señor Heathcliff y yo somos tal para cual en cuanto a repartirnos la soledad entre los dos. ¡Un compañero importantísimo! Ni se imaginó la cálida simpatía que despertó en mi corazón cuando vi cómo sus ojos negros me espaban con desconfianza, escondidos bajo sus cejas, a medida que me acercaba cabalgando hacia él, y cuando sus dedos se refugiaron más hondo aún en su chaleco, con aprensión, mientras yo me presentaba.

— ¿Señor Heathcliff? — pregunté.

Asintió con la cabeza por toda respuesta.

— Soy el señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Me tomo la atribución de visitarlo ni bien me ha sido posible desde mi llegada, para expresarle que confío en no haberlo molestado con mi insistencia en alquilarle la Granja de los Tordos: oí ayer que usted tenía algunas dudas...

— La Granja de los Tordos es mía, señor — me interrumpió, con una mueca de disgusto —. No me dejaría contrariar por nadie, mientras pudiera evitarlo... ¡pase usted!

El “¡pase usted!” fue pronunciado entre dientes, y expresaba la idea: “¡Váyase al diablo!”. Ni siquiera la verja del portal sobre la que él se acodaba

dejó entrever movimiento alguno que acompañara sus palabras, y creo que aquella circunstancia me decidió a aceptar su invitación: sentí curiosidad por alguien que parecía ser más exageradamente reservado que yo.

Recién cuando vio que mi caballo empujaba con el pecho la verja, extendió la mano para destrabarla y luego me precedió con aire taciturno por el camino. Ni bien entramos al patio, gritó:

— Joseph, toma el caballo del señor Lockwood... y tráenos vino.

“Aquí tenemos todo su personal doméstico, supongo”, fue la reflexión que esta doble orden me sugirió. “No me extraña que crezcan yuyos por entre las baldosas y que el ganado sea lo único que corta el pasto”.

Joseph era un hombre de cierta edad; mejor dicho: de muy avanzada edad, tal vez, aunque robusto y lúcido.

— ¡Dios nos asista! — pensó en voz alta con un tono de agudo malestar, mientras desensillaba mi caballo, sin dejar, entretanto, de mirarme a la cara tan agriamente que supuse, por no pensar mal de él, que debía necesitar ayuda divina para digerir su cena, y que su piadosa súplica no se refería en lo más mínimo a mi inesperada aparición.

La finca del señor Heathcliff se llama “Cumbres Borrascosas”. “Borrascoso” es un adjetivo propio del lugar, que describe el tumulto climático al que se expone este sitio cuando hay tormenta. Ventilación pura y tonificante jamás le había faltado, sin duda: podía adivinarse el poder del viento del norte que la invadía, a juzgar por lo muy ladeados que se hallaban unos abetos raquíuticos en un extremo de la casa, y por una hilera de pálidos espinos que estiraban todas sus ramas en el mismo sentido, como pidiéndole limosna al sol. Por fortuna, el arquitecto tuvo la previsión de construirla fuerte y resistente: las estrechas ventanas están puestas a gran profundidad en la pared, y las esquinas, protegidas por grandes bloques salientes de piedra.

Antes de trasponer el umbral, me detuve a admirar cierta abundancia de relieves caprichosamente tallados que adornaban la fachada, y que se concentraban en torno a la puerta principal; por sobre la cual, entre una flor silvestre con gárgolas derruidas y niños impúdicos, detecté la fecha “1500” y el nombre “Hareton Earnshaw”. Habría querido hacer un par de comentarios y pedirle al hosco dueño que me contara la historia del lugar; pero no quise agravar, justo antes de inspeccionar la intimidad de su refugio,

la impaciencia que él parecía manifestar mientras me miraba desde la puerta como urgiéndome a que entrara o me fuera de una vez.

Un descanso nos condujo directamente a la sala de estar, sin ningún vestíbulo ni pasillo que la precediera; aquí, a esto le dicen generalmente “la casa”. Abarca por lo común el comedor y la cocina; pero estoy seguro de que en “Cumbres Borrascosas” la cocina fue obligada a retirarse toda junta a otra parte de la vivienda. Distinguí, al menos, un parloteo de lenguas, y un tintineo de cacharros, muy en el fondo; y no observé signos de que nada se hubiera asado, hervido ni horneado en torno a la amplia chimenea, ni el menor destello de sartenes de cobre o cazuelas de estaño que colgaran de las paredes. Un rincón, sin embargo, reflejaba espléndidamente tanto la luz como el calor en sus hileras de inmensos platos de peltre¹, entreverados con jarras y copas de plata, que se alzaban fila por fila, en un enorme aparador de roble, hasta el mismísimo techo. Este último no tenía cielorraso, y exhibía su desnuda anatomía de vigas ante los ojos de cualquier indiscreto, excepto allí donde la ocultaba un armazón de madera cargado de tortas de avena, jamones y pernils curados de vaca y de cordero. Arriba del hogar de la chimenea colgaban antiguas armas de fuego de diversa calaña, y un par de pistolas de arzón²; y, de adorno en su repisa, se alineaban tres tarros pintados de colores vivos. El suelo era de piedra lisa y blanca; las sillas, estructuras elementales, pintadas de verde, con respaldos altos; un par de pesados asientos negros acechaban entre las sombras. En un hueco debajo del aparador estaba echada una enorme perra de caza de pelaje rojizo, rodeada de un enjambre de cachorros chillones; y en otros recovecos pululaban más perros. La vivienda y el mobiliario no hubieran sido nada extraordinarios de pertenecer a algún campesino de aquella región del norte, recio y tosco, de pantalón de fajina y polainas, rudo y con cara de porfiado. Un hombre así, sentado en su

¹ Aleación de cinc, plomo y estaño, usada para fabricar objetos de uso doméstico.

² Primer modelo de pistola, fabricado a partir del siglo XVI como arma de ataque para la caballería. Llevaba una llave de encendido que disparaba haciendo girar una rueda metálica dentada sobre un trozo de pirita, de modo similar al de los encendedores actuales. Se llamó “de arzón” porque se colgaba en el arzón o saliente de la montura. Solía estar embellecida con cinceleduras de plata, bronce dorado u otros materiales nobles. Fue superada técnicamente por la pistola de duelo, y hoy es una valiosa pieza de colección y decorativa.

sillón, con su jarra de cerveza espumante en la redonda mesa puesta ante él, es muy fácil de encontrar en ocho o nueve kilómetros a la redonda por estas colinas, si se lo visita a la hora indicada después de la cena. Pero el señor Heathcliff forma un singular contraste con su morada y con su estilo de vida. Es por su aspecto un gitano moreno, y un caballero por su traje y modales. Es decir, es un caballero en la misma medida en que es un estanciero: un poco desaliñado, quizás, y aún así no parece desvalido en su abandono, porque su figura es apuesta y erguida, y más bien taciturna.

Es posible que algunos sospechen en él una cierta soberbia grosera, pero siento vibrar una cuerda interna de simpatía hacia él que me dice que no hay nada de eso. Sé, por instinto, que su reserva surge de un rechazo a manifestaciones efusivas del sentimiento, a expresiones de afecto mutuo. Debe de amar y odiar en el mismo estilo encubierto, y es posible que considere una forma de impertinencia el que se lo ame u odie en retribución. No; estoy yendo demasiado lejos al dotarlo tan generosamente de mis propias cualidades. Puede que el señor Heathcliff tenga motivos diferentes por entero a los míos para no estrecharle la mano a quien podría, con el tiempo, convertirse en su amigo. Quiero creer que mi carácter es casi único. Mi madre querida solía decir que yo nunca tendría un hogar acogedor. Y el verano pasado, sin ir más lejos, dejé perfectamente demostrado que no merezco tenerlo.

Mientras disfrutaba un mes de buen tiempo en la playa, conocí por casualidad a una criatura muy fascinante: una auténtica diosa, a mis ojos, mientras ella no notó mi existencia. Nunca le declaré mi amor en voz alta; pero, si las miradas hablan, hasta el peor idiota se habría dado cuenta de mi locura por ella, quien me comprendió al fin, y correspondió a la mía con la mirada más dulce que pueda imaginarse. ¿Y qué hice? Lo confieso con vergüenza: me replegué fríamente en mí mismo, como un caracol, y cuanto más me miraba ella, más me retraía y distanciaba yo; hasta que la pobre inocente se vio obligada a dudar de su propia percepción y, abrumada por la confusión ante lo que ella suponía una equivocación de su parte, convenció a su mamá de que se fueran.

Debido a esos extraños cambios de humor me he ganado la fama de cruel e insensible, sin que nadie más que yo pueda apreciar cuánto error hay en ese juicio.